

**Misa por el eterno descanso del Sargento Segundo de Carabineros
Sr. Javier Eduardo Figueroa Mánquemilla
Catedral de Chillán, 21 de marzo de 2026**

Saludo a todos los presentes en esta Iglesia Catedral, a las autoridades y, especialmente, a quienes forman parte de Carabineros de Chile. De modo particular me dirijo a la Jefa de Zona Ñuble, General Loreto Osses Coloma, a quien expreso también las más sentidas condolencias de parte de toda la comunidad católica por el sensible y trágico fallecimiento del Sargento Segundo Sr. Javier Eduardo Figueroa Manquemilla, sentimientos de cercanía y dolor que hago extensivos a su familia y a Carabineros de Chile.

“Yo era como un manso cordero, llevado al matadero, sin saber que ellos urdían contra mí sus maquinaciones”. Así describe su destino trágico el Profeta, que la Iglesia aplica a Jesús crucificado. Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, es el inocente que paga con su vida las faltas de los culpables. Así muriendo en la cruz por amor por todos y cada uno de nosotros, culpables y pecadores, reconcilia a toda la humanidad con su Padre y da inicio a la paz definitiva. Es el Cordero de la Nueva Alianza, en cuya sangre se nos da nueva vida.

El amor de Cristo nos reconstruye porque redime, es decir, repara lo que nuestros pecados y yerros provocan: destruimos nuestro entorno, herimos a nuestros hermanos e, incluso hasta llegar a eliminarlos, y nos dañamos a nosotros mismos dañando nuestro mundo y a los demás.

Durante toda su vida y en especial sobre la cruz, Jesús hace visible humanamente la profundidad del amor de Dios Padre, quien solo quiere el bien de todos y cada uno, esto es, la paz más completa y sin límites. De hecho, declara “bienaventurados a los que trabajan por construirla”, pues Dios mismo los hará sus hijos

Sin embargo, aunque ese mismo deseo anide también en nuestros corazones, ante la violencia y sus efectos, nos preguntamos si será posible que, de verdad, la paz pueda reinar en nuestro mundo y en nuestra sociedad.

En la hora presente el trágico fallecimiento del Sargento Figueroa Manquemilla nos renueve y nos desconcierta como sociedad. El deseo de paz parece ser negado por la muerte de un joven padre y esposo, servidor público, dedicado a velar por la seguridad de sus conciudadanos, bajo el lema “del débil el protector”.

Ciertamente, tampoco hay palabra humana que pueda consolar el dolor de su familia, de sus amigos y de sus camaradas carabineros.

¿Cuál es el mensaje de Cristo y de la Iglesia en esta encrucijada?

Ante todo, acudimos al Señor y a la Virgen para que les den cobijo y consuelo a los deudos con la esperanza de la Resurrección del Señor, pues como creyentes confiamos en su promesa: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás”.

Por otra parte, si queremos vivir en paz, enseña la Iglesia, es preciso que se restablezca la justicia, esto es, que sea acreditada oficialmente la verdad de lo sucedido por las competentes autoridades judiciales, que los culpables sean sancionados proporcionalmente a los delitos o abusos que hayan cometido y que se repare el mal causado razonablemente dentro de las reales posibilidades de que se dispone.

Sin duda, estos aspectos son elementos que hacen parte de la tan anhelada paz social que las personas, las familias, las organizaciones sociales, las asociaciones y otras agrupaciones no gubernamentales reclaman como una urgencia a la cual se deben abocar los gobernantes y todas las personas o instituciones revestidas de cualquier tipo de autoridad en nuestra sociedad.

La Iglesia Católica, sus pastores y todos sus fieles, además, estamos llamados y siempre dispuestos a colaborar en el cultivo y a la consolidación de una sociedad en paz. Para ello no solo ofrecemos la sabiduría de nuestra rica Enseñanza Social, sino también nuestros brazos y pies, nuestras mentes y corazones, para participar en la hermosa tarea de la construcción de la paz en nuestra sociedad, convencidos de que para ello se requiere que, además de justicia y reparación, haya misericordia, perdón y reconciliación entre todos los ciudadanos.

Soy consciente de que hablar de perdón y misericordia en esta hora, pueda no resultar fácil de acoger, sobre todo cuando se ha sufrido o se sufren grandes injusticias de parte de personas y organizaciones violentas, que además corrompen, sobre todo a los niños y jóvenes, con ídolos destructivos como la droga, la pornografía, la prostitución y el dinero fácil. Con todo, en nombre de Cristo y de su Iglesia, es preciso no olvidar que todas las necesarias medidas que las legítimas autoridades deben adoptar para combatir la violencia están siempre desafiadas a reducirse y/o volverse en revancha y venganza, si no tienen en el horizonte de su sentido y aplicación, además de la justicia y la reparación, la reeducación de los culpables y una transformación social, que contemple también las raíces más profundas de la violencia como la marginación social, la explotación económica y la falta de equidad social.

Entre otros factores a considerar que también inciden en la inestabilidad social, que la muerte de nuestro hermano carabinero Javier Figueroa nos hace patente, quisiera mencionar la debilidad de la familia. Para fortalecerla, Jesús y la Iglesia ofrecen, con humildad y espíritu de colaboración, el camino de amor de la familia cristiana como un ambiente, mejor como un verdadero santuario, donde, no sin límites y condicionamientos, los niños y jóvenes pueden crecer, desarrollarse y madurar, siendo educados por sus padres, quienes les brindan en su mutua fidelidad, un testimonio de compromiso fundado en su fe y alianza con el Señor.

Junto con expresar nuevamente nuestras dolidas condolencias, en nombre de todas nuestras comunidades cristianas, tanto a la familia, a los amigos, a Carabineros de Chile como a la comunidad y organizaciones civiles a las que pertenecía el Sargento Figueroa, quisiera reiterar que para que crezca y se consolide una paz social auténtica y perdurable, además de la justicia y la reparación, son necesarios el perdón y la misericordia, pues de verdad curan las heridas y generan esperanza.

Estamos a pocos días de la Semana Santa, miremos el crucifijo que preside esta Catedral y pidamos a Jesús Crucificado, por intercesión de María Santísima, su madre, a los pies de la cruz, acoger y cultivar sus sentimientos en la hora de su paso de este mundo al Padre: Jesús muere perdonando a sus verdugos: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”; y ofreciendo esperanza al culpable arrepentido: “Te aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Pienso que sean compartidos por el Sargento Javier Figueroa, ahora en su encuentro con Cristo Resucitado, a cuya misericordia lo encomendamos.

¡Dale, Señor, el descanso eterno y brille para él la luz perpetua! Amén.

+ Andrés Gabriel Ferrada Moreira

Arzobispo-Obispo de Chillán